

Alejandro Dagfal

Facultad de Psicología, UBA

Historias de la psicología en la Argentina (1890-1966)

El nacimiento de la psicología en la Argentina: positivismo y nación

Para rastrear el nacimiento de la psicología en nuestro país hay que remontarse a fines del siglo XIX, en un contexto estrechamente ligado al proyecto de la generación del 80 y a la fundación de la Argentina como Estado moderno y nación unificada. En ese marco, dos rasgos distinguen esta primera psicología vernácula: su definición como ciencia natural, a partir de una cosmovisión positivista, y su filiación privilegiada con el pensamiento francés. El positivismo implicaba una forma de ver el mundo que se apoyaba en una fe casi ilimitada en el progreso y en una confianza extendida en las ciencias naturales y en sus métodos, particularmente la observación y la experi-

mentación. En ese sentido, no es extraño que una de las figuras más relevantes de este período, José Ingenieros –un destacado psiquiatra, criminólogo y sociólogo de origen italiano, quien fuera además uno de los primeros profesores de psicología de la Universidad de Buenos Aires–, haya desarrollado una ‘psicología biológica’ con una fuerte impronta evolucionista. En agosto de 1906, en una crónica titulada ‘Psicólogos franceses’ y enviada desde París al diario *La Nación*, Ingenieros no solo daba cuenta de su familiaridad con los principales autores galos, sino que exponía su modo de entender la psicología científica y sus fronteras:

Las funciones psíquicas son las más complicadas del animal viviente. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral. Su

¿DE QUÉ SE TRATA?

Si tomáramos como punto de partida la situación actual de la psicología en nuestro país –caracterizada por el predominio de la orientación clínica y la fuerte implantación del psicoanálisis–, sería muy difícil imaginar la multiplicidad de proyectos y de concepciones contrapuestas que signaron su historia a lo largo del último siglo. Por ese motivo, en este artículo hemos preferido hablar de ‘historias’, en plural, con el fin de entender la especificidad de los distintos períodos en los que la psicología se constituyó como disciplina de conocimiento y como profesión autónoma en la Argentina.

estudio —objeto de la psicología— entra en el dominio de los fisiólogos y requiere el concurso de sus métodos experimentales y de observación. [...] Existe otra labor cuyo mérito filosófico o literario es indiscutible y cuyas conclusiones no desprecia la ciencia: es la practicada por los hombres geniales o de talento que se dedican a la observación empírica del alma humana. [...] Shakespeare fue el más genial de los psicólogos empíricos. Exceptuados esos grandes observadores de caracteres humanos, queda una legión de aficionados inofensivos cuyas opiniones pasan inadvertidas para la psicología científica, aunque puedan ser interesantes para la crítica filosófica y literaria.

Para Ingenieros, los conocimientos que no provenían de la clínica, es decir del tratamiento de pacientes, o del laboratorio, carecían de un valor científico cierto. Esta concepción, que se hacía eco de la tradición psicopatológica francesa (según la cual la enfermedad era considerada un experimento de la naturaleza), fue el rasgo saliente de estos psiquiatras (entre los cuales también estaba Horacio Piñero, otro de los primeros profesores de psicología de la UBA) que integraron lo que se dio en llamar la ‘escuela de Buenos Aires’.

Sin embargo, en la ciudad de La Plata, luego de la creación de la Universidad Nacional, en 1905, se desarrolló una tradición psicológica no médica, con características muy diferentes, pese a que compartía la misma inspiración positivista. En efecto, en 1906, en la Facultad de Ciencias Jurídicas, se implementó una Sección Pedagógica para la formación de profesores, semejante a las que ya existían en Bruselas o Ginebra. Su primer director fue Víctor Mercante, un educador formado en la Escuela Normal de Paraná, cultor de una pedagogía científica que pretendía apoyar sus descubrimientos en los principios extraídos de la psicología experimental y la antropología biológica. El punto de aplicación de estas teorías eran los alumnos de las escuelas primarias, cuya educación debía basarse en normas generales que le aportaran racionalidad, así como en determinados conocimientos prácticos. Tanto esas normas como esos conocimientos tenían que cimentarse de manera empírica, tarea a la que dedicarían gran parte de sus vidas el mismo Mercante, su amigo Rodolfo Senet y su discípulo Alfredo Calcagno, privilegiando en sus investigaciones la utilización de métodos experimentales y estadísticos. La llamada ‘escuela de La Plata’, en suma, promovió una psicología no clínica, ligada al ámbito de la educación.

Por otra parte, el positivismo no solo implicaba una forma de ver el mundo sino también una decidida voluntad de transformarlo a partir de una concepción secular de los problemas sociales e institucionales. Por esa vía, configuraba todo un programa de acción que involucraba al Estado y a sus políticas. En ese contexto, las diversas psicologías desarrolladas en esa época debieron hacerse cargo de problemas muy concretos, ligados a una circunstancia histórica particular, tales como la locura y las neurosis (psicopatología), la ‘cruzada civilizatoria’ (psicología educacional),

el delito (psicología criminológica), las masas (psicología social), la creación de una identidad nacional en los inmigrantes (psicología política), etc. Además de los autores mencionados, otras figuras destacadas de este período fueron José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge y Rodolfo Rivarola. Ellos se ocuparon, cada uno a su manera, de reinterpretar y difundir la obra de autores extranjeros como Auguste Comte, Charles Darwin y Herbert Spencer, Jean-Martin Charcot, Théodule Ribot y Pierre Janet, Alfred Binet, Édouard Claparède y Henri Piéron.

Generalmente, para dar cuenta de la finalización de esta etapa de la historia de la psicología local se toma como referencia convencional el año 1925, en el que se produjo la muerte de José Ingenieros, quien terminaría siendo reconocido como uno de los intelectuales más destacados de la Argentina y Latinoamérica.

La reacción antipositivista: psicología y filosofía

Luego del período positivista, caracterizado por un naturalismo muy marcado, tuvo lugar en la Argentina una ‘reacción antipositivista’, que se ocupó de señalar en qué medida el hombre no podía ser reducido a su dimensión natural. Varios factores preanunciaban este cambio en el clima de ideas. Por un lado, las tres visitas del renombrado filósofo español José Ortega y Gasset —quien llegó por primera vez a la Argentina en 1916— sirvieron para difundir la obra de intelectuales que se situaban en las antípodas de los que habían primado en la etapa anterior. Así, a la par que anunciaba sin ambages la muerte del positivismo, Ortega promovía la lectura de autores como Franz Brentano, Wilhelm Dilthey, Edmund Husserl y Max Scheler, emparentados con el neokantismo y la fenomenología. De un modo u otro, estos autores rehabilitaban el lugar de la conciencia y de la experiencia subjetiva como fundamento de una científicidad diferente de aquella de las ciencias naturales. Donde antes se hablaba de observación y experimentación, ahora debía atenderse a la comprensión y a la interpretación, poniendo de relieve el problema del sentido. Esto, obviamente, conducía a un tipo de psicología muy alejada de las pretensiones de objetividad de las ciencias naturales y de sus determinismos, interesándose más bien en problemas como los valores, la libertad, la creación y la vida misma, desde perspectivas ligadas a la filosofía y a la historia.

El horror causado por las millones de muertes provocadas por la Primera Guerra Mundial también había contribuido a minar la fe en la ciencia y el progreso. Y en el plano local, la creación del Colegio Novecentista, en 1917, y la Reforma Universitaria de 1918 habían traído nuevos aires, renovando tanto el ideario en boga como la conformación de los planteles universitarios. En definitiva, la generación del Centenario, caracterizada por una cierta recuperación

del idealismo y el espiritualismo de la generación del 37, había tomado la posta de la generación del 80. Uno de los principales autores de referencia de esta nueva generación fue el filósofo francés Henri Bergson (premio Nobel de literatura en 1927), quien había asestado un duro golpe a los fundamentos de la psicología experimental. Bergson había argumentando que la medición y las matemáticas, pilares de los enfoques experimentales, solo podían aplicarse a los fenómenos psíquicos en la medida en que se los despojara de su característica más esencial: la de ser cualidad y no cantidad. Al no ocupar un lugar en el espacio, esos fenómenos transcurrían en la duración pura, y eran constitutivos de un yo profundo, al que solo podía accederse por la intuición. Por otra parte, había afirmado que los datos más inmediatos eran aquellos aportados por la conciencia, y no los que proporcionaba la percepción externa. Una vez más, lo subjetivo y personal venía a reemplazar la objetividad convencional de las ciencias.

Bergson fue un referente fundamental de algunas figuras destacadas que se ocuparon de la psicología en la Argentina en este período, como Alejandro Korn (psiquiatra, filósofo y político), Coriolano Alberini (profesor de filosofía) y Enrique Mouchet (psiquiatra graduado en filosofía).

Alejandro Korn, después de graduarse como médico en 1882, con una tesis sobre 'Locura y crimen', dirigió el hospital psiquiátrico de Melchor Romero durante casi dos décadas. Fue profesor de Historia de la Filosofía en la UNLP a partir de 1903, y en la UBA desde 1906. En 1918 se transformó en uno de los referentes docentes del movimiento estudiantil que impulsaba la Reforma Universitaria, y ese mismo año fue elegido decano de la Facultad de Filosofía y Letras con el voto de los estudiantes. Militante de la Unión Cívica Radical, en 1931 se afilió al Partido Socialista, del que sería miembro hasta su muerte. En su obra filosófica puso de relieve el problema de los valores y el de la libertad. Siguiendo de cerca a Bergson, uno de sus principales libros fue *La libertad creadora* (1922), en el que retomaba muchas de las críticas del filósofo francés a las psicologías naturalistas.

Por otra parte, Alberini y Mouchet tuvieron a su cargo los dos cursos de psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA durante cerca de dos décadas (el primero estuvo a cargo de Mouchet entre 1920 y 1943, y el segundo a cargo de Alberini entre 1923 y 1943). Mouchet dictó un programa multifacético, incluyendo temas de psicología experimental, psicología de la Gestalt, conductismo y, a partir de 1922, del novedoso psicoanálisis. Desarrolló también su propio sistema teórico, una psicología vital basada en la 'sensibilidad interna', además de refundar en 1930 la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, de la que sería presidente durante más de tres décadas, y de fundar, en 1931, un Instituto de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, de cuyos *Anales* sería director. Alberini, por su parte, tuvo una destacada actuación institucional, pues fue decano de la Facultad en tres oportunidades y, al igual que Mouchet, se desempeñó

como docente en la UNLP, en las cátedras de Metafísica y Gnoseología. En 1931 fundó el Instituto de Psicología, que luego publicaría los voluminosos *Anales del Instituto*. Su obra institucional alcanzó mayor relevancia que su actividad teórica, en la que adscribió a una psicología axiológica situada en las antípodas de la psicología experimental. En 1943, luego del golpe del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), ambos abandonaron la cátedra universitaria.

Si bien es claro que el apogeo de este período de estrecha vinculación entre psicología y filosofía puede situarse en los años 30, su fecha de finalización es mucho más difícil de establecer. Sobre todo, cabe señalar que, luego de la 'reacción antipositivista', las psicologías llamadas científicas, de corte objetivista, nunca tuvieron en la Argentina el desarrollo que sí alcanzaron en el resto del mundo, donde imperan aún hoy en día. En nuestro país, por el contrario, siempre primaron las psicologías centradas en la subjetividad, probablemente en virtud de la fuerte influencia del pensamiento filosófico francés, que también llega hasta la actualidad, y que ha funcionado como barrera para la implantación de otro tipo de concepciones más vinculadas a la tradición anglosajona.

Las psicologías aplicadas: psicotecnia y orientación profesional

Durante los años 40, se produjo en la Argentina un proceso de industrialización que favoreció el éxodo de la población rural hacia las ciudades, que a su vez se sumó a la última ola del aluvión migratorio europeo. Se constituyó así una nueva clase obrera urbana que encontró en el peronismo una vía de acceso a la representación política. Del mismo modo en que, a fines del siglo XIX, la educación había sido un instrumento fundamental para la construcción de una nación liberal, promediando el siglo XX sería indispensable para formar las nuevas generaciones en el espíritu de esa época, atravesada por ideales de justicia social. Con ese fin, la educación necesitaba incorporar la utilización de técnicas innovadoras, basadas particularmente en la psicología aplicada. Mientras se generalizaba la educación primaria y se duplicaba el número de estudiantes secundarios, la escuela se transformaba en una herramienta crucial para lograr una mejor distribución de las oportunidades sociales y para asegurar la continuidad de la adhesión popular. A diferencia de la universidad, que era un foco opositor, la escuela parecía ser mucho más permeable a las estrategias del poder central. Ello la hacía apta para la implementación de esas nuevas técnicas de intervención psicológica. Sin embargo, estos abordajes novedosos debían coexistir con elementos conservadores, ligados a valores espirituales, a la vida familiar y al respeto al líder (aspectos que los críticos del peronismo se han encargado de destacar). En todo caso, justo sería reconocer que en esa época la escuela también

constituyó un instrumento de modernización social, particularmente por su articulación con el mundo del trabajo.

Las industrias incipientes tenían necesidad de un nuevo tipo de mano de obra, mejor formada y más motivada. De tal modo, la elección de una profesión u ocupación ya no podía resultar de una decisión improvisada, sino que tenía que ser el fruto de un proceso tan científico como fuera posible. Y en ese marco la orientación profesional y la psicotecnia adquirirían todo su relieve:

No ha de ser éste [el tema de la elección de carrera] un problema librado únicamente a la discriminación personal o familiar; interesa directamente al Estado, en cuanto es incapaz el niño de conocerse a sí mismo e incapaces, en muchos casos, los padres, de elegir carrera para sus hijos; [...] el diagnóstico debe tener, idealmente, obligatoriedad legal.

Esta afirmación formaba parte del decreto según el cual, en 1948, se creaba un Instituto de Orientación Profesional en la esfera de la Dirección General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires. Frente a la doble incapacidad supuesta a los alumnos y a sus padres, el Estado asumía una función tutelar, ya no en virtud de principios religiosos o espirituales, sino con el fin de mejorar la productividad y evitar el derroche de recursos personales. Esto se apoyaba en las certezas aportadas por un saber técnico muy específico, al que se le confería la mayor autoridad en la materia. Aunque los anhelos que se plasmaban en ese decreto respecto de la obligatoriedad del ‘veredicto’ resultante del proceso de orientación profesional nunca se hicieran realidad, decían mucho sobre las motivaciones de un ‘Estado social’ que había logrado garantizar los derechos sociales básicos de una porción considerable de la población. En 1949, la Constitución Nacional reformada detallaba esos derechos de manera explícita. Allí se explicitaba que *la orientación profesional de los jóvenes, concebida como un complemento de la acción de instruir y educar, es una función social que el Estado ampara y fomenta mediante instituciones que guíen a los jóvenes hacia las actividades para las que posean naturales aptitudes y capacidad, con el fin de que la adecuada elección profesional redunde en beneficio suyo y de la sociedad.*

En ese marco, por primera vez en la Argentina los docentes de muchas escuelas se formaron para administrar –y administraron– a gran escala pruebas psicométricas y cuestionarios psicológicos. Y diversas formas de la psicología aplicada fueron utilizadas en las instituciones más variadas, desde el Ministerio de Defensa y la Marina hasta las universidades más periféricas, afines a los proyectos del gobierno. Al mismo tiempo, en las universidades más importantes, en las que muchos de los antiguos profesores reformistas habían sido reemplazados, la psicología seguía ligada a preocupaciones teóricas, a partir de posiciones filosóficas más tradicionales. Lo cierto es que esta difusión extendida de las prácticas psicológicas condujo a la organización del Primer Congreso Argentino de Psicología, realizado en 1954 en San Miguel de Tucumán. Allí se dieron cita más de doscientos

participantes, entre los que se contaban profesores de psicología, filósofos de orientaciones diversas, sacerdotes, psicotécnicos, psiquiatras y algunos psicoanalistas. También se forjaron los acuerdos conducentes a la creación de la carrera de psicología, que solo pudieron plasmarse en ese período en la creación de la primera carrera en la ciudad de Rosario, el 6 de abril de 1955. Sin embargo, el golpe de Estado de septiembre hizo que fuese cerrada, para reabrirse recién en 1956, bajo condiciones muy diferentes.

La ‘invención’ del psicólogo: psicología y psicoanálisis


Aunque las bases institucionales ya hubieran sido establecidas durante el período peronista, el auge de los estudios universitarios de psicología recién iba a producirse en el período subsiguiente, que va de 1955 a 1966, cuyo inicio se corresponde con el advenimiento de la autodenominada Revolución Libertadora y su fin coincide con el derrocamiento de Arturo Illia, la ‘noche de los bastones largos’ y la intervención de las universidades públicas. Paradójicamente, en esta franja temporal situada entre dos golpes de Estado, tuvo lugar una asombrosa renovación social y cultural, en el seno de la cual las universidades se democratizaron, incorporaron nuevos profesores y modernizaron sus planes de estudios. Así, en solo dos años (entre 1957 y 1959), se crearon carreras de psicología en cinco universidades nacionales: Buenos Aires (1957), La Plata, Córdoba y San Luis (1958) y Tucumán (1959). Comenzó entonces en nuestro país la historia de la psicología como profesión, que vino a sumarse a la historia de la psicología como disciplina. Al mismo tiempo, el psicoanálisis, cuya primera asociación oficial había sido creada en 1942, dejaba de ser patrimonio exclusivo de algunos médicos vinculados con las elites porteñas, para insertarse en ámbitos diversos, desde los hospitales públicos hasta las carreras de psicología. A su vez, la psicología se nutría de ciertas formas del psicoanálisis, proyectándolo a la escena pública, más allá de los consultorios privados y de la asociación oficial.

En esta época, figuras como Enrique Pichon-Rivière y su discípulo José Bleger alcanzaron su máxima popularidad, simbolizando este espíritu de convergencia teórica y disciplinar. Se trataba de psicoanalistas que se dedicaban también a la psicología, sin por ello dejar de ser psiquiatras. En realidad, la psiquiatría de la época se veía tensionada entre una vertiente organicista y asilar, que por la vía de los neurolépticos encontraba un nuevo sostén para sus viejas pretensiones científicas, y una corriente progresista, cercana al movimiento de la salud mental, que se inspiraba en el psicoanálisis y las ciencias sociales, promoviendo el trabajo en equipo con psicólogos y trabajadores sociales. Fue esta segunda vertiente la que rápidamente ingresó en las carreras de psicología, incidiendo de manera decisiva en la orienta-

ción de la formación. Más aun, a fines de los años 50, cuando se produjeron las primeras disputas con la corporación médica por el derecho al ejercicio de las psicoterapias, muchos psiquiatras progresistas apoyaron la posición de los futuros psicólogos, oponiéndose a buena parte de sus propios colegas. Considerando que esas disputas fueron cruciales para galvanizar la identidad de esos nuevos profesionales, no es casual que, en un lapso muy corto, que va de 1959 a 1962, los psicoanalistas y psiquiatras ligados a la salud mental se convirtieran en referentes fundamentales para los estudiantes de psicología. De ese modo, adquirieron mayor visibilidad que los propios fundadores de algunas de las carreras, cuyos intereses estaban mucho más vinculados a las psicologías llamadas científicas (como Telma Reca, Marcos Victoria, Fernanda Monasterio y Plácido Horas).

En ese proceso, generalmente se ha subestimado el rol desempeñado por algunos personajes como Enrique Butelman, Jaime Bernstein y Gino Germani. A partir de sus múltiples actividades como intelectuales, docentes y editores, jugaron un rol decisivo en la construcción de un público ampliado para la 'nueva psicología'. Por un lado, dirigieron las carreras de psicología de Buenos Aires (Butelman) y Rosario (Bernstein), además de la carrera de sociología de la UBA (Germani), donde elaboraron planes de estudio y promovieron la contratación de profesores afines. Por el otro, a través de la editorial Paidós, tradujeron a autores extranjeros y publicaron a autores locales que situaban la psicología y el psicoanálisis en el seno de las ciencias humanas y sociales. Finalmente, enseñaron numerosas materias de la formación básica de los psicólogos, dándoles los elementos teóricos fundamentales para entender la psicología como una disciplina del sentido, y ya no como una ciencia natural. Las múltiples actividades de esos tres actores fueron determinantes en la conformación de muchos de los rasgos que han caracterizado al psicólogo argentino a lo largo de sus cinco décadas de vida.

Si el epílogo de esta historia se sitúa en torno de 1966, es porque esa fecha marcó el fin de una época. La renovación social y cultural vertiginosa iniciada en 1955 llegó en ese momento a un punto de declinación. El golpe de Juan Carlos Onganía mostraba a las claras los límites de la aventura reformista. De ahí en más, la radicalización de las posiciones políticas dejaría cada vez menos espacio para los debates intelectuales y culturales. No es casual que en ese momento singular tomase todo su relieve una figura como la del joven Oscar Masotta, un filósofo autodidacta que sintetizaba mejor que nadie las oposiciones y articulaciones entre 'conciencia y estructura', marxismo y psicoanálisis. En ese momento de cambios y vacilaciones, Masotta comenzaba a interesarse en Jacques Lacan y el estructuralismo, sin renunciar del todo, aún, al existencialismo de Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty.

No obstante, a fines de los 60, Masotta se convertiría en uno de los referentes de los numerosos psicólogos que iban a poblar sus grupos de estudio. Decepcionados por las ideas de Pichon-Rivière y Bleger (y su definición del psicólogo como agente de cambio social), muchos de ellos buscaban nuevos horizontes. Para ese entonces, Masotta ya habría hecho su elección, convirtiéndose en lacaniano. Del mismo modo, no pocos de sus seguidores estaban dispuestos a abandonar la alianza entre el psicoanálisis kleiniano, la psicología francesa, la fenomenología existencial y el marxismo reformista —que había sido promovida por Pichon-Rivière y su discípulo Bleger— para dejarse seducir por las enseñanzas de Jacques Lacan y Louis Althusser. Se configuraba así un nuevo rol profesional que, en gran medida, sigue vigente hoy en día: el del psicólogo-psicoanalista de filiación lacaniana. En este pasaje, una vez más, aunque las referencias teóricas hubieran cambiado, los modelos intelectuales y profesionales seguirían estando ubicados en Francia. 

LECTURAS SUGERIDAS

COUREL R y TALAK AM, 2001, 'La formación académica y profesional del psicólogo en Argentina', en Toro JP y Villegas JF, *Problemas centrales para la formación académica y el entrenamiento profesional del psicólogo en las Américas*, vol. I, Sociedad Interamericana de Psicología, JVE Editores, Buenos Aires.

DAGFALA, 2009, *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo*, Paidós, Buenos Aires.

KLAPPENBACH H, 2006, 'Periodización de la psicología en Argentina', *Revista de Historia de la Psicología*, 27 (1), 109-164.

PLOTKIN M, 2003, *Freud en las pampas*, Sudamericana, Buenos Aires.

VEZZETTI H, 1988, *El nacimiento de la psicología en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires.

—, 2004, 'Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias, proyecciones sobre la sociedad', en Plotkin M y Neiburg F (comps.), 2004, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 293-326.

INTERNET

www.elseminario.com.ar

http://www.psi.uba.ar/biblioteca/publicaciones/historia_psicologia_arg/index.php



Alejandro Dagfal

Licenciado en psicología, UNLP.

Doctor en historia, París VII.

Investigador adjunto del Conicet.

Profesor adjunto de Historia de la Psicología, UBA.